

Por [Elizabeth Álvarez](#)

Ají y Tomate vivían en canteros vecinos. Ellos siempre fueron verdes como la mayoría de las verduras y hortalizas; vivían despreocupados del mundo que los rodeaba.

Muy cerca de ellos vivía Remolacha, que solo dejaba ver su moño verde. Un día el Tomate reparó en ella y le dijo:

–¿Qué planta será esa que no conversa con nosotros? Es una casapola.

–A lo mejor es muda –replicó Ají.

Así transcurría el tiempo y Ají y Tomate se ponían cada vez más hermosos, pero con su color de siempre y la piel tersa brillaba al darle los rayos de sol.

Un día observaron una cara nueva en el cantero vecino: era Remolacha, que de tan gordita había reventado la tierra y se asomó.

–Buenos días –dijo Remolacha.

–Buenos los tenga usted –contestó Tomate. ¿De dónde sale tan hermosa dama? No me irá a decir que es una princesa salida del centro de la tierra.

–No, no soy princesa, pero sí vengo de la tierra; soy Remolacha –y en el acto cambió de color, y como era trigueña el rubor la convirtió en su morado característico.

–Ese color le sienta muy bien –agregó Ají.

–Gracias, pero el brillo de Tomate me tiene fascinada.

Entonces fue Tomate quien se ruborizó esta vez y en el acto se maduró.

Ají se rio:

–Mira cómo cambia de colores mi amigo.

–Y usted no se queda atrás, es hermoso y su verde es envidiable –comentó Remolacha.

Como por arte de magia Ají maduró y se miraban unos a otros riendo alegremente.

Desde entonces, Ají y Tomate, cuando se maduran, se enrojan, y Remolacha, cuando saca la cabeza de la tierra, se ve morada.